

UN COLOSO QUE SE JUBILA:

EL HOSPITAL MILITAR DE MARINA DE CARTAGENA

Juan SOLER CANTO
Teniente coronel médico

El hospital de marina de Cartagena es uno de los edificios más representativos que nos quedan de los tiempos de nuestra Marina Imperial. Y desde luego, el más importante de la región murciana después de la catedral de Murcia.

Se proyectó y edificó dentro del Plan Ensenada y, a pesar de las muchas vicisitudes que ha sufrido en el trascurso de sus dos siglos largos de historia, conserva todavía el empaque primitivo, ya que las modificaciones que se han efectuado han respetado *bastante* su plan general y han realizado su prestancia.

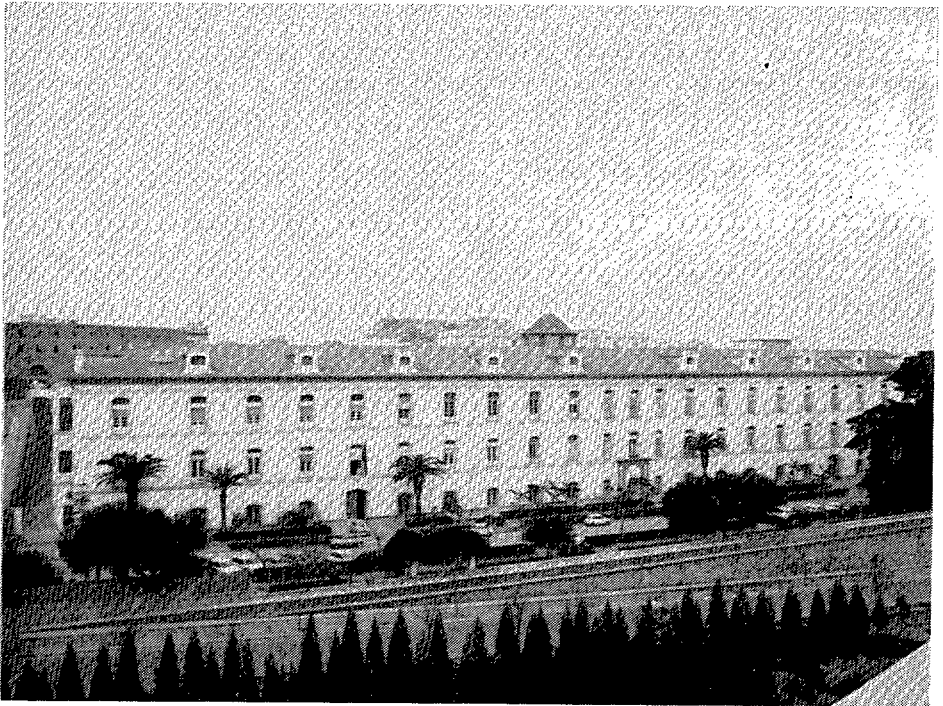
Cuando Fernando VI mandó construir la base naval, la obra fundamental de ella la constituyó el arsenal (1-VII-1749 a 31-I-1782). Para defender ese magnífico edificio, se construyeron las murallas con sus glacis y baluartes, que cercaron la plaza (22-I-1733 a 31-I-1782), y para proteger estas murallas de los ataques del exterior, se erigieron los castillos y fuertes de la Atalaya, de Galeras y de los Moros, con lo que la plaza fuerte de Cartagena se hizo inexpugnable.

Dentro del recinto se efectuaron las construcciones militares necesarias para las atenciones de las escuadras: para el aprovisionamiento de pólvora, galleta y suministros, las *Casas del Rey* (1740), para la fuerza militar embarcada, el *Cuartel de Batallones* (1750) y para los galeotes, el *Cuartel de Presidarios* (1776 a 1785); asimismo el *Parque de Artillería* (1777 a 1786) y el *Hospital Militar*, proyectado con capacidad suficiente para albergar a todos los afectados por las heridas de prolongación cicatrización, por las fiebres malignas y por las epidemias.

Para dar idea de la grandiosidad del proyecto, baste saber que hoy las grandes residencias sanitarias de la Seguridad Social albergan 400, 600 ó 1.000 camas y que sus edificios se hacen viejos a los cincuenta años de su construcción, mientras que el Hospital Militar de Marina de Cartagena se inauguró con capacidad para 4.000 enfermos, que llegaron a ser 9.000 en la epidemia de fiebre amarilla de 1804, y no sólo ha resistido estos doscientos cincuenta años, sino que, con las sucesivas remodelaciones (dirigidas no a su consolidación, sino a su adecuación funcional) conserva en la actualidad una plena actividad hospitalaria, habiendo podido ser adaptado a los más modernos servicios de la medicina.

Aunque es el más grandioso edificio monumental de la región por su extensión, volumen de piedra y madera empleadas, planta de equilibrada construcción, armonía de su alzado y de sus arcadas e inteligente planificación de su funcionalidad, pronto va a transferir sus servicios a otro edificio, ya terminado, construido con arreglo a la moderna arquitectura hospitalaria, que recogerá en fecha próxima todas las atenciones sanitarias de la zona, clausurándose el que, durante más de dos siglos, ha constituido una entrañable faceta de la historia de la Marina Española.

Por esto, próximo ya su abandono por el cuerpo de Sanidad de la Armada, que tantos años ha mantenido pugnas encarnizadas para defenderlo de



Fachada principal.

otras corporaciones militares que insistentemente han ocupado diversos sectores de sus plantas, y que en tantas ocasiones ha restaurando con cariño lo que sus foráneos ocupantes habían destrozado, conviene que se haga patente la importancia de este hospital, la grandiosidad de su edificio, la abnegación con que desde él se ha impartido la ciencia y los auxilios y, sobre todo, la estrecha vinculación de tal institución con la población de Cartagena, que siempre lo ha mirado con respeto y con admiración.

Este edificio fue proyectado hasta en sus menores detalles de subestructura por el brigadier de los Reales Ejércitos y Director de Ingenieros D. Sebastián de Feringán. El 1 de julio de 1749 comenzaron las obras, manejan-

dose bastante dinero y siendo muy abundante la mano de obra (sólo en el arsenal había más de 1.500 esclavos moros y penados); pero hay que tener en cuenta que el solar que se eligió para su erección estaba situado en la falda sureste del monte Asclepio, luego de la Concepción, y al sur del cerro de Phesto, luego de las Brujas, y, por ello, los trabajos de desmonte, terraplenado, explanación y contención de tierras fueron muy laboriosos, teniendo que destruir cuevas y algunos restos de edificaciones antiguas por estar contiguo al circo o anfiteatro romano. También fueron muy importantes las obras de infraestructura, puesto que se construyeron a la perfección, tanto los cimientos como los amplios aljibes centrados en los dos patios, y el profundo colector de residuales, en declive, rodeando el edificio principal a lo largo de los fosos. Por esto, pasaron diez años para que se ultimase la construcción del primer cuerpo del edificio.

Como al propio tiempo se estaban construyendo el arsenal, las murallas y otros edificios militares, es evidente que el tráfico de albañiles, canteros, leñadores, carpinteros, herreros y demás oficios relacionados con la construcción debió ser impresionante y debió haber verdaderos batallones de peones para las faenas de esfuerzo y peligro, entre los que estarían los presidiarios; éstos eran conducidos al amanecer y luego devueltos a las galeras, en donde se alojaban hasta que estuvo listo el Cuartel de Presidarios (hoy Cuartel de Instrucción de Marinería), que se estaba edificando al propio tiempo.

El 27 de mayo de 1762 se bendijo solemnemente la capilla del nuevo Real Hospital de Antiguones y, a continuación de la Santa Misa, se trasladaron todos los enfermos que había en el Hospital de Galeras de la Puerta de Murcia y, al día siguiente, los que estaban alojados en el Cuartel de Presidarios, que por entonces estaba en las cuadras del Duque de Nájera. Su nombre fundacional fue *Real Hospital de Antiguones*, luego se ha denominado sucesivamente *Hospital Nacional de Marina*, *Real Hospital de Marina* y finalmente *Hospital Militar de Marina*, pero la población civil de Cartagena lo conoce simplemente por *Hospital Militar*.

Desde su inauguración, debido a su misma grandiosidad, nunca se ocupó plenamente, por lo que sus espacios vacíos eran apetecidos por tropas que carecían de alojamiento. Así, desde un principio, las autoridades locales ordenaron sucesivos acuartelamientos, siendo los más importantes: en 1764, el del regimiento de infantería de América; en 1768, el regimiento de Suizos del Barón de Reding; en 1769, el tercer batallón del regimiento de Flandes; en 1775, tres compañías de Reales Guardias españolas y valonas y el regimiento de Brabante; en 1808, el regimiento de Sevilla número 33; en 1818, un particular a contrata; en 1866, alojamientos de autoridades y funcionarios de la Administración del Ramo de Guerra; en 1880, el regimiento de Artillería de Costa; en 1935, el regimiento de Infantería de Marina; en 1941, la compañía de Transmisiones del Ejército de Tierra y los Juzgados Militares, y asimismo unos almacenes de Comisaría del Arsenal y de Obras Civiles de la Empresa Nacional «Bazán» de Construcciones Navales Milita-

res. Cada una de estas ocupaciones constituía una fuente de litigios sobre usos y derechos, de quejas y de reparaciones, pues la vecindad de fuerzas cuarteleras, guerreras y expedicionarias, con los consiguientes movimientos de tropas, sonoras conmociones de tambores y trompetas y hasta motines y disparos de fusilería, tenían que molestar profundamente a la población hospitalaria. Finalmente, fueron evacuando los locales que usufructuaban, siendo los últimos la Infantería de Marina (1958), Artillería (1961), Ingenieros y Juzgados Militares (1965). Tan sólo, en 1967, la dirección del Hospital de Marina logró tener absoluto dominio sobre todo el recinto, disponiendo entonces su total cercamiento y procediendo a su ornato y ajardinamiento.

El proyecto fue realizado por Feringán, pero su construcción fue ejecutada por el ingeniero director de la obra, D. Mateo Wodopich, supervisado por el jefe de escuadra D. Jorge Juan y por el intendente general D. Juan Domingo de Medina. La perfección de la obra requirió que, antes de elevarse su edificio general, se construyese un gran edificio soterrado, constituido por el basamento de sus firmes cimientos y las conducciones abovedadas de sus obras de infraestructura.

A lo largo de todo el foso que rodea el edificio principal existe, con los accesos, sumideros y atarjeas, escalonados a lo largo de su recorrido, una galería de unos dos metros de altura para recoger las aguas residuales del Hospital, cuyo piso y canal se encuentran en rampa descendente, lo que no permite estancamiento hasta su desembocadura en la mar.

En el centro de cada uno de los patios se construyeron, con forma de cruz y acceso central, dos amplios aljibes con altas bóvedas, poza y rebosadero, que nunca se han visto llenos, ni tampoco vacíos, por su enorme cubicación. Estos aljibes reciben el agua de lluvia que, desde los terrados, es conducida por los canales cubiertos e imbornales que bajan por los cuatro ángulos de cada patio.

El cinturón de murallas que cerca la ciudad es perforado en las cercanías del edificio del Hospital por tres túneles que dan paso a sendos accesos para el uso de los servicios hospitalarios. Hacia Levante, una amplia puerta permite el paso de las mercancías que lleguen por la Cuesta del Batel, procedentes de los barcos que atraquen en su ensenada. Hacia el Sur, y exactamente frente a su puerta principal, está el pasillo subterráneo llamado *La Poterna*, protegido por un macizo edificio de sillería (ya desaparecido), cuyo uso era el hacer más corto el camino entre el edificio principal y los tinglados que existieron en la playa; y, desde luego, la primera estación de desembarco de heridos expedicionarios traídos por las escuadras. En el mismo lienzo de muralla (ángulo sureste) y con salida junto al baluarte hay otro estrecho portillo con galería subterránea que conduce al ángulo del edificio.

Edificio principal.—Sobre la gran extensión de terreno que se explanó a la altura de las murallas, y ocupando todo el ángulo sureste de las mismas, se alza poderoso el edificio principal del Hospital, cuya planta es rectangu-



Foro norte y anfiteatro de autopsias.

lar, con una nave central que lo divide en dos patios (este y oeste). La fachada principal está orientada a mediodía, y en el centro de ella se abría primitivamente la entrada principal, cuya estructura de piedra negra aún resalta en la fachada y que, en su primitiva construcción, daba acceso a los distintos pisos por una escalera, con balconadas y arquería en cada una de las plantas, en lo alto se cubría por un cimborrio con amplios ventanales laterales y cúpula de tejas, que sobresalía notablemente del resto de los tejados.

Está construido con sillería de piedra tabaire, amarilla y porosa, blanda y granulosa, formada por conchas fósiles marinas, que es atacada por la humedad atmosférica, por lo que debe ser protegida de la intemperie con cal, revoco o pintura. Los pilares de la escalera central primitiva son de piedra dura y oscura, llamada *del Cabezo*, porque se trae de las canteras del Cabezo Gordo. Los muros son muy gruesos y en su base suelen alcanzar el espesor de un metro. Consta de una planta baja y dos pisos, con una altura total de unos veinte metros; todo cubierto con un tejado de teja árabe de cañón, a doble agua sobre cada nave, en cuyos frentes se abren tragaluces.

En la fachada principal, de 170 metros, se veían tres filas de veinte ventanas, con rejas todas ellas, salvo el balcón que se abría sobre la puerta principal. En las fachadas laterales eran 12 las ventanas. A lo largo del tiempo (ya en el siglo XX) las ventanas se transformaron en balcones mediante costosas obras.

Los patios interiores son dos cuadrados perfectos, rodeados por unas galerías de siete grandes arcos de medio punto en cada lado, siendo el central más ancho y plano para dar acceso a puertas. Las galerías recorren los tres pisos y son de altas bóvedas; los arcos, con los siglos, se fueron cubriendo de ventanales acristalados.

Este edificio se une con los terrenos de la Puerta del Angel por medio de dos pabellones. Uno central, situado a crujiá, que salva el foso sobre un macizo arco de sillería, con plantas superpuestas para superar el desnivel de 12 metros con la plaza del Hospital (o del Angel), por lo que el acceso desde ella se hace por el segundo piso. El otro pabellón forma como una aleta del ángulo nordeste, sin más acceso que el del propio Hospital, y estuvo dedicado a oficinas.

Este hospital, según escritos del baylío Fr. D. Julián Arriaga, debía construirse con vistas a la inmortalidad, pues decía: *...se está a la mira de que se hagan con solidez las obras que corresponden. Por eso se tardaron tantos años en su construcción y se invirtieron en ella 68.963 pies superficiales franceses y ocho líneas de labra y asiento de piedra fuerte de sillería; 320.212 pies y dos pulgadas, seis líneas y dos puntos de piedra de sillería de Pinto, lugar próximo a la diputación de Canteras, por el camino de los Atabaires. Por todo esto, y por la colocación de ventanas, los amaestrados, los enlucidos y losados, se le pagó al asentista 1.041.616 reales, 19 maravedís, y 1.096.863 reales, 30 maravedís por 14.110 pies, cinco pulgadas, tres líneas y tres puntos*

castellanos que contenían las puertas y ventanas; y por 118.114 pies, dos pulgadas y siete líneas que componen los palos de techo y trabazón de cubiertas de los tejados; e igualmente por 11.207 pies y seis líneas de madera para la tablazón de la última cubierta. El costo total, según detallado estado de la época, se elevó a 8.924.863 reales, incluyendo la edificación del anfiteatro de autopsias y el cementerio.

Todo el edificio principal está construido sobre una estructura única, repetida constantemente en todas las naves de cualquiera de los pisos. En las fachadas sirve de apoyo un fuerte muro de un metro de grosor y otro muro, separado de él ocho metros, limita por el interior la capacidad de las grandes salas, que están divididas en dos naves por largas series de amplios arcos. Otras series de arcos sostienen galerías cubiertas de tres metros de anchura que dan a los patios interiores. Esta es la estructura fundamental permanente del edificio. Las divisiones de sus espacios se hacen con tabiques que se erigen y se derriban a lo largo de las épocas, con arreglo a las necesidades de cada uno de sus ocupantes. Pero al final el hospital mantiene su esqueleto invariable, como un gigante lleno de fortaleza.

La última planta está dedicada a azoteas y terrados, que han servido para tender la ropa, para almacenar efectos y hasta para alojar tropa, como se hizo en 1775 con la fuerza expedicionaria de la conquista argelina. Los terrados, bien enlosados para recoger las aguas de lluvia, están en la parte interior de los cuadriláteros, y los sumideros en los ángulos de los mismos. Las naves abuhardilladas son amplísimas, tienen acceso desde el terrado por múltiples puertas y reciben luz por otros tantos tragaluces abiertos a las fachadas. Las cubiertas, de teja moruna de cañón, están sostenidas por tan ricias y cuadradas vigas de pino rojo que basta decir que su ancho es de 26 centímetros, con una separación entre sí de 36 centímetros, lo cual, a lo largo de medio kilómetro de naves, supone muchas toneladas de madera, dispuestas en doble vertiente de vigas de doce metros cada una, sostenidas por grandes troncos y refuerzos sobre las arcadas centrales. En el centro de la fachada norte del patio de poniente se eleva un reloj de torre, con larga cuerda que atraviesa los dos pisos y con sonería de cuartos.

Por todos estos datos vemos que se trata de un edificio monumental, de una gran solidez y de una capacidad extraordinaria, que ha mantenido su estructura a lo largo de los dos siglos de su funcionamiento, aunque su fisonomía haya variado mucho a causa de las obras de mejora que se le han efectuado, casi siempre sin escatimar gastos y conservando el carácter monumental de su fábrica; y desde luego han realzado su prestancia, haciendo que hoy día el Hospital Militar de Marina de Cartagena haya perdido su aspecto enrejado y enclaustrado, pero haya conservado, dentro de su moderna funcionalidad, el aspecto monumental de sus principales elementos arquitectónicos.

Debido a las divisiones sufridas se tapió la entrada central principal y se substituyó por dos portones con acceso a ambos patios, los cuales fueron substituidos a su vez por grandes puertas enrejadas y acristaladas. Tanto uno



Patio de poniente.

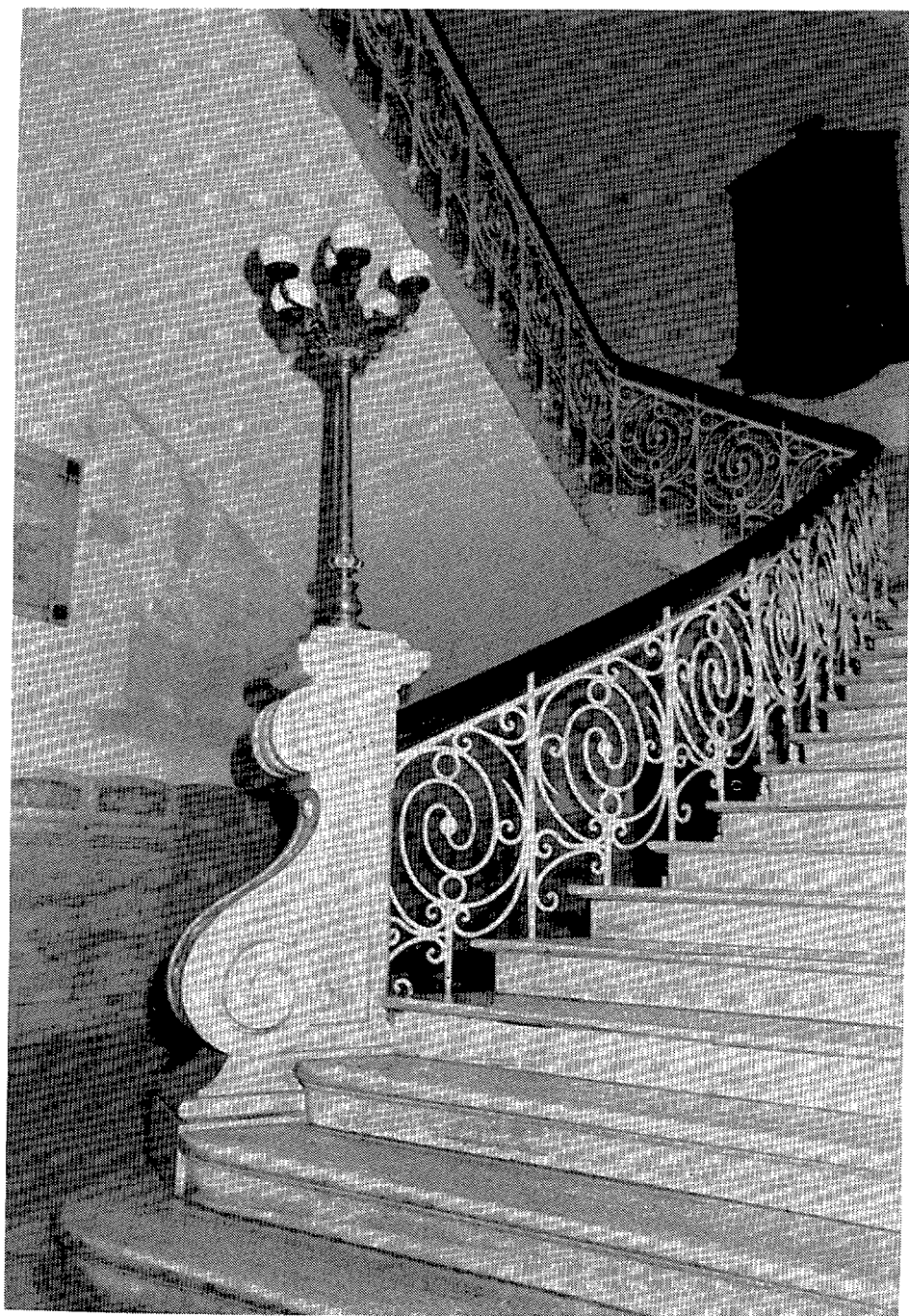
como otro dan paso a sendas escaleras, amplias, de tipo monumental que mejoran con mucho la primitiva. La del portón oeste está precedida de un amplio zaguán, decorado todo él y revestido de mármol blanco y cristal, con un altorrelieve que representa la Medicina acogiendo a los heridos y enfermos, obra del entonces capitán médico Javier Pérez-Cuadrado. También la escalera es de mármol blanco hasta el segundo piso, con zócalos de mármol labrado, barandas de artística forja de hierro y un pedestal al arranque, rematado por un gran candelabro de bronce; el proyecto de la escalera es del arquitecto D. José Conesa Exea y duró su construcción año y medio (1912-1913). En el techo de la escalera hay una pintura al óleo de más de treinta metros cuadrados, que representa las alegorías de la Medicina, la Farmacia, la Cruz Roja y la Caridad, y en otro grupo la Cirugía, la Electroterapia y la Radiología; en los ángulos figuran los emblemas de los cuatro cuerpos que prestan sus servicios en el hospital (Medicina, Farmacia, Administración y Clero). Todo ello pintado por Alfonso Siles, contador de la Armada y a la sazón habilitado del hospital, pintor acreditado como discípulo predilecto de Wssell de Guimbarda. En esta escalera hay también otros frescos del mismo pintor, un cuadro de Ramón Alonso Luzzy y dos hornacinas con imágenes.

En la puerta este, el zaguán está tratado con el mismo ornato de mármol blanco, cristal y puerta verjada que el anterior, así como la escalera con la misma amplitud y factura, con la simplificación de barandas y adornos, puesto que su construcción fue en el año 1962 y la decoración se hizo con arreglo a su época.

Otra modificación que se hizo en el edificio, sin que ello le hiciera perder su carácter, fueron las torres erigidas en los ángulos de los patios, destinadas a alojar despachos, Junta de Reconocimientos, escalera de servicio y ascensores. También los patios fueron mejorados; con unos jardines el de poniente y con una decorativa fuente central el de levante.

Con la construcción de las dos escaleras monumentales, la escalera central perdió utilidad, y por ello fue clausurada y en su caja se ubicaron diversos servicios hospitalarios (consultas en el bajo, electrología en el primer piso y biblioteca en el segundo piso). Esta biblioteca recogió algunos de los libros que se salvaron de los expolios y se preparó con las arcadas en piedra negra, los armarios con viejas maderas del antiguo ropero, las paredes con un frontis de pintura al óleo de Fernando Carceller y los techos con artístico artesanado procedente de las antiguas Salas de Banderas; hoy constituye un conjunto monumental, en comunicación con los locales de la cúpula destinados a archivo.

Debido a todas estas y otras muchas modificaciones en cocinas (majestuosas en su amplitud y revestimiento de mármol blanco), lavaderos, ropería (enorme y de perfecta distribución), cine, talleres, salas eléctricas y de calderas, y alojamientos; este magno edificio en la actualidad se halla funcionando a pleno rendimiento, con un eficiente cercamiento de los terrenos, unos cuidados accesos viarios, y unos extensos jardines, paseos, arbolado y



Escalera principal.

aparcamientos, que convierten sus terrenos en una agradable zona residencial, aislada de la población y con vistas panorámicas sobre el hermoso puerto.

Personalidad del hospital.—Cuando hablamos del Hospital Militar de Marina de Cartagena no nos referimos a un anciano vetusto que arrastra su invalidez, ni mucho menos a un cadáver de venerables ruinas olvidadas. Se trata, por el contrario, de un organismo vivo que siente todo el calor que la Marina le presta con su devota presencia. Sus claustros son recorridos a diario por miles de personas que se afanan en la búsqueda incesante de la salud, de la amistad y del amor. Ciertamente sus días de actividad sanitaria están contados, porque hay otro edificio joven, preparado y dispuesto para tomar el relevo asistencial de los miembros de la gran familia militar; pero hoy por hoy sus consultas están concurridísimas, sus alojamientos al completo, sus servicios de laboratorio y de radiología no dan abasto a tanta demanda, su cafetería presta aliento a tanto desfallecimiento de los ayunos preceptivos y sus enormes aparcamientos son rebasados por la excesiva afluencia de vehículos.

Este hospital late y palpita al mismo ritmo desde hace más de doscientos años. Cuando en España la enseñanza de la Medicina la impartían las universidades a golpe de Teología y aforismos hipocráticos, los médicos de la Armada inauguraron una nueva era de Facultades de Medicina, y al impulso de Lacomba, Gimbernat, Virgili y Ribas, surgían las de Cádiz, Madrid y Barcelona y se convertían los hospitales navales en focos de cultura, ciencia y progreso. Una vez superada la etapa fundacional del Colegio de Cirujanos de la plaza de Fragela, el hospital de marina de Cartagena fue el más importante de los tres que se construyeron en los Departamentos, por el volumen y la perfección de su construcción y por contar con servicios complementarios tan extraordinarios como un anfiteatro docente de autopsias, una imprenta, una academia, un periódico, un Jardín Botánico...

Este hospital está impregnado de Historia. En sus salas se albergaron los repatriados de las guerras de Argelia, los de nuestras guarniciones de Orán, Mazalquivir y Melilla. Sus naves acogieron año tras año la incesante procesión de enfermos palúdicos que captaban las *miasmas* del Almarjal. En 1804 se encontró repleto, rebasando el número de 9.000, los hospitalizados afectados de la gravísima epidemia de fiebre amarilla que diezmo a la Marina con el célebre *vómito negro*. Sus médicos, encabezados por el genial Cabanellas, fueron los que organizaron la lucha epidemiológica en los lazaretos de la ciudad; fueron también los que se encargaron de la asistencia cuando las conmociones de la ocupación francesa de 1823 y del sitio de los cantonales del 1873. Asimismo acogió a los que regresaron de Marruecos en 1909, y en 1921, afectados por los desastres del Barranco del Lobo y de Annual. Y ya en nuestros tiempos atendió solícitamente a las víctimas de los bombardeos de la guerra civil, de la voladura del acorazado *Jaime I*, de los ahogados de la triste Velada Marítima de los años 70. Se puede decir

que todos los cartageneros y todos los miembros de la Marina, en algún momento de su vida, han tenido a alguno de sus deudos hospitalizado, y junto a su lecho de enfermo o ante su ataúd han velado largas horas, contando lentas y pausadas las campanadas del reloj de su patio que se desgranaban solemnes en el silencio de la noche.

Desde 1962, en que funcionó su pabellón de Maternidad (más de veinte años), son miles los miembros de esta familia naval que han nacido entre sus muros. Las solemnes conmemoraciones de la Comunión Pascual de los enfermos han congregado en sus dependencias a los más variados estamentos de la sociedad cartagenera.

Este hospital está muy arraigado en el sentimiento y cariño del pueblo de Cartagena y, por ello, tenemos la seguridad de que el día en que deje de prestar su función asistencial, un unánime sentimiento de amor y nostalgia se extenderá por la ciudad, que no podrá dejar de contemplar con velados ojos la tristeza de su silencio y de sus cerradas puertas.